



Francisco Alcántara

FRANCISCO ALCÁNTARA



CÓRDOBA

LA CORDOBESA. — LOS PATIOS DE CÓRDOBA
EL PATIO DE LOS NARANJOS
NOTAS ARTÍSTICAS É HISTÓRICAS



R-18.775

BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA
RAMBLA DEL CENTRO, N.º 20

R-485

~~~~~

# CÓRDOBA

---

Impresión



Exceptuando su incomparable mezquita, no tiene hoy Córdoba, como otras ciudades, el poder de deslumbrar á los viajeros que con

la guía en la mano buscan donde gastar en fugaces exclamaciones la dosis de entusiasmo determinada en las páginas.

La blancura monótona del caserío de humilde y sencilla apariencia, nada revela de la vida interior; van á la mezquita, andorreaan un rato por aquel *bosque de columnas*, y tal vez molestados por el peso de las grandexas que evoca en medio del silencio de una ciudad como muerta, salen ansiosos de bullicio para ahuyentar la honda melancolía que agobia el corazón, sin encontrarlo en parte alguna, porque la gente de Córdoba sólo se muestra bulliciosa en sus grandes fiestas. Sólo entonces, abandonando el hogar más arcaico de España, se desborda con cascabelero alborozo por las quintas y palacios de su sierra y huertas frondosísimas de su campiña, revelando el tesoro de sus mujeres vestidas de alegría, ricas de sabrosísima belleza y gracia,

siempre atenuadas por una mesura señorial de altiva castellana, y la bizarría única de sus ginetes con estampa de altivos conquistadores y donaire caballeresco nunca desmentido por descomposturas arlequinescas.

En los días de giras, que suelen ser casi todos los de grata temperatura en cualquier estación, circulan por el ambiente los antiguos genios árabes cantando al oído las bellezas del campo, las delicias del alma embriagada de luz y aromas y las promesas del amor más irresistibles, cuando asesta sus dardos desde las enramadas de naranjos, adelfas, limoneros, arrayanes y jazmines que se miran en las claras aguas de rebosantes albercas, en cuyo fondo de ovas habitan las náyades de ebúrneas formas. Nadie se resiste porque el corazón aletea como pájaro nuevo ansioso de surcar el espacio, por gozar de las pastoriles escenas del columpio pendiente de viejísimo

olivo, olmo venerable ó copudo nogal, de los compases lanzados al son de la guitarra, del concierto de fausto júbilo y estruendo, apenas mitigado por la presencia de aquellas mujeres cuyos blancos vestidos les dan el aspecto de aladas visiones mensageras de la felicidad.

Al viajero suele ofrecerse la ciudad desierta, silenciosa y algo esquiva, mucho más si se hospeda en una de esas fondas en que el frío espíritu cosmopolita, representado por un patrón extranjero y servidores sin patria, contribuye á borrar los más salientes rasgos locales. Así se comprende que viajeros tan expertos y sagaces como Edmundo Amicis pasen por Córdoba sin conocerla.

Córdoba es un poblachón aburrido, exclama al día siguiente de su llegada el viajero ansioso de fáciles y rápidas impresiones.

Está bien, vaya con Dios línea adelante con su gafa, gemelos, maleta y gorra de viaje,

atmériculos que tan burlescos tonos suelen comunicar á la extraña catadura de los turistas; mas el artista, el que como tal gusta de la vida gozada entre las ruinas de una gran hisbria, rodeado de comodidades, bajo un sol siempre espléndido, en compañía de gentes poseídas de una alegría plácida é igual, en gratísima región embellecida con todos los encantos de la naturaleza; ese, adivina pronto que el silencio de sus calles no es silencio de muerte. Pronto observa que en alguna parte debe refugiarse la poderosa vida que á pesar de su nesurada altivez revela el porte de sus habitantes. Descubre un hogar y todo se lo explica.

*Manos frías, corazón caliente*, dice un refrán, y glosándolo puede decirse de Córdoba, calle desiertas, casas pobladas, hogar rico de afectos; y si el viajero es algo observador y un tanto artista y despiertan su curiosidad

las añejas costumbres y gusta de observar rancieros y bellos usos que á despecho de la manía de novedades se conservan aun en todos los rincones de la patria como para estimularnos á que reconquistemos el carácter nacional, hallará bellos motivos de observación desde la temprana hora en que las campanas de iglesias, ermitas y conventos laman á la rezadora multitud, tan abundante en España, hasta que el sueño le rinda; tendrá para cada hora del día una novedad; recorrerá las huertas, abundantísimas en todos los productos, donde una mezcla de cuidado y artístico desaliño hace compatibles los cultivos con el libre desarrollo de las arboledas que ofrecen todo el encanto de bosques incultos; los mil parajes de la sierra sonriente; visitará los cortijos de su feracísima campiña, donde legiones de agricultores patriarcalmente organizados labran los campos; se interesará por

multitud de ruinas y despojos de la más brillante y mágica de las historias; notará al cabo que la placidez del cielo y de los campos, como que mitiga alegrías y tristezas, placeres y dolores, infundiendo ese género de filosófica calma para gozar y sufrir, y conociendo bajo tan benéficas influencias lo grata que es la vida disfrutada en tan bello y abundante rincón del mundo, exclamará en su alma: ¡Córdoba, hay que hospedarse dentro de tus antiguos muros para conocer hasta qué punto es grata la existencia!

### Las calles

Es difícil que exista una ciudad tan limpia como Córdoba. Las piedras de sus calles brillan como guijas recién lavadas en la ribera.

Cada cual puede explicarse como guste los motivos de que unas ciudades sean limpias y otras toleren una suciedad que viene á ser hasta característica; mas como no hay más remedio que admitir el hecho cuando se desarrolla á nuestros ojos, nadie que penetre en una ciudad como Córdoba, cuyas calles son

un estrado, cuyas paredes de crugiente blancura parecen rechazar hasta el intento de una mancha, dejará de meditar un instante sobre las causas de tan exagerada limpieza, y hallándolas ó nó, de admirarlas y bendecirlas como al saludable y estético placer de que son causa.

Virtud esta de la limpieza, de muchas comarcas de Andalucía, donde se hallan no solo ciudades sino hasta aldehuelas en que es como una luz del alma, todo lo purifica y ennoblece; en Córdoba se extrema como si el ser limpia una ciudad fuera la más alta y elocuente señal de civismo.

Es verdad que bajo aquella luz que todo lo revela, bajo aquel cielo del más intenso y profundo azul; en aquellos paisajes tan discretos en proporciones, que sin las desmesuradas montañas que en el Norte dan aspectos sublimemente aterradores á la naturaleza que

empequeñecen al hombre, sonrien siempre, hasta cuando los cielos despliegan sus más imponentes decoraciones; viene á ser la limpieza como una resultante del total aticismo de la naturaleza; cariñosísima madre del hombre á quien envuelve en purísimos y aromáticos aires desde que nace, infundiéndole el sentimiento de la armonía de sus paisajes sóbrios y cálidos y por consecuencia el vehementemente desco de contribuir en cuanto de la voluntad dependa á la sosegada y elocuente armonía que arrulla al alma desde el primer instante.

La costumbre de decir *¡el hombre!* siempre que nos referimos á las cosas humanas no debe tener tanta fuerza como para omitir en este caso el positivo origen de la iniciativa saludable en esto de la limpieza de la morisca ciudad.

Per las razones antedichas y por otras que

omito, el ser verdaderamente incompatible con la suciedad es la cordobesa.

Ella hace de su casa una concha de nácar, en la necesidad de dar á su hermosísima persona y á cuantos del sagrado y tibio calor de sus afectos viven ese aroma único de la limpieza; aliño de los placeres, ayuda del descanso, ángel vigilante de la salud y más clara señal exterior de humanidad. Es el hada que ahuyenta como la señal de la cruz á los malos al diablo de la suciedad, nube que oscurece toda alegría.

Su influencia se nota en el suelo de las calles, en las paredes, ventanas, miradores, visillos, cortinas y persianas, de modo que al bajar el transeunte sus ojos desde el límpido cielo, que con reclamo irresistible los llama siempre, no tiene más remedio que pensar que si la limpieza y nitidez del azul celeste es un resplandor de Dios, la de Córdoba es el

natural resplandor de sus mujeres, cuya soberanía proclaman desde ventanas y balcones las flores que son su símbolo y coronan rejas y azoteas, como si cada casa, rica ó humilde, fuera un edén que no pudiera contener sus vergeles.

Las calles de Córdoba, excepto las que se van modernizando con gusto tan gris como en cualquier parte, son por lo general estrechas y con frecuencia muy tortuosas.

Unas cuantas perspectivas ó manchas de color á manera de fugaces acuarelas, darán más clara idea de sus líneas, color y sabor local, que todas las puntualizadas descripciones, difíciles tal vez por no abundar esos detalles picantes que en Granada y Toledo, por ejemplo, constituyen por sí solos la fisonomía de cada calle; pues por efecto de la planicie en que se extiende, son escasos sus desniveles y el mayor encanto de Córdoba lo constituye

como un perfume de graciosa delicadeza, alegría y placidez que pasa inadvertido para aquellos á cuyo gusto se escapan las finas esencias.



### Las cosas parlantes

En nuestras poblaciones abundan las calles, hay barrios enteros, donde no se ha construido ni una de estas casas modernas cuya fachada se reduce á series de agujeros más ó menos pretenciosamente decorados con angelones y molduras de escayola, ese afeite de la prostituida arquitectura moderna.

¡Qué bien, qué á gusto andan ciertas gentes por esas calles donde las cosas antiguas son como interesantísimo libro abierto cuyas pá-

ginas se leen sin otro trabajo que el de mirar, con deleite parecido al que nos proporciona una música lejana, de la que no percibimos desafinaciones ni asperezas!

La historia ha dejado en los edificios construidos en épocas de gran riqueza y variedad de sentimientos huellas tan marcadas, que como en las modernas reproducciones en yeso que son á la plástica lo que la fotografía al claro oscuro, se notan todos los accidentes de una mano, un pié ó un seno y hasta la finísima red que une los poros de la piel; en esos edificios antiguos, chicos ó grandes, humildes ó soberbios, se ven las huellas vivas de los sentimientos de cada instante, exteriorizados con poderoso instinto práctico, en tiempos de tanta libertad artística que nadie podía sospechar la domesticidad bochornosa con que hoy nos sometemos á un figurín mezquino, embutiendo el cuerpo en pantalón y americana y

el alma en el molde de vulgaridades intelectuales é hipócritas y afeminados sentimientos.

Sí; las huellas vivas de la historia y hasta el sabor de esa grasa humana, que en el fondo del estilo de los grandes artistas constituye como la distinción más poderosa de la individualidad.

He creído notar siempre la impresión de un humor fluido y sutil especial, en lo que tiene de humor susceptible hasta de gustarse, por lo de sutil y fluido, como apropiado á las funciones del espíritu, en lo más íntimo del estilo de Cervantes por ejemplo; que me ha permitido distinguir sus períodos y hasta sus frases de las de otros escritores. Como si las sustancias que formaban el cuerpo, y las potencias que constituan el alma de aquel genio tan caballeresco, cristiano y español, tuviesen en su estilo un reflejo en que se compenetraran lo material y lo espiritual, en una cosa

excelentísima, que es tanto como sabor ó contacto grasiento y modo de espiritualidad.

Pues lo mismo me ocurre con los monumentos, sus especialidades y rarezas; signos inequívocos de la vida pasada, su misma vaguedad suministra el más grato entretenimiento á la imaginación, cuando no se pretenda que el concienzudo estudio proporcione ciertos datos sobre costumbres y hábitos que tan poco interesaron en otros tiempos al historiador.

Entre las sensaciones de mi infancia cuyo recuerdo conservo vivo, figuran las especiales que me producían el contacto, el olor, color y dibujo de la mano de mi padre, cuando al salir de la escuela por mañana y tarde íbamos en tropel todos los hermanillos á besárselas. Su vigorosa aspereza, trabazón de músculos y el olor de la persona que la más esmerada limpieza no logra desterrar y solo adulteran